

los Espinosas. Al pasar la mar, se ahogaban las carneradas y los bueyes. Llevóse el viento las tejas del palacio de Doñana; derribó las tiendas y barracas. Cayóse muerto un macho muypreciado del Duque. ¡Santo Dios! ¿qué triunfo es vencer á un rendido?

Descubrió la desdicha lo que no pudo la felicidad. Abrió paso á sus virtudes. La prosperidad le esaminó dichoso; la adversidad, magnánimo. Quien no sabe trabajos, ignora la una parte de la vida; y no saber sufrirlos son los mayores. Perdióse en su grandeza su desgracia; que la rosa huele bien florida, y huele bien marchita. No embarazó la boca con querellas, ni ofendió las orejas con gemidos. Parecía que uno era el que obraba y otro el que padecía. De todo se acordó, sino de sí mismo. Agradecióse que sus cuidados se olvidasen de sus dolores. ¿Cómo? A veinticuatro maestros de obras con cuatrocientos hombres, desde la cama, [¿dió?] trabajo en el bosque cuarenta y cinco días, á mil y seiscientas cabalgaduras de acarreto y cuatrocientas de silla. Franqueó mesa (todo aquel tiempo) á todos los oficiales, y á cuantos condujo la curiosidad y la hambre. Envió por mayordomo del Bosque á don Bernardo de Morales, y otros criados. Renovóse la casa de Doñana, que es muy capaz... (1).

También envió al Conde de Olivares una rosa para el sombrero, de diamantes de estimacion de diez mil ducados, que supo había contentado al Rey en Cádiz, para que su Excelencia sirviese con ella en su nombre á su Majestad, en demostración de que en todas las partes de su estado hallase señal de su reconocimiento y voluntad. Llevóla don Alonso de Guzmán, camarero mayor de su Excelencia, á quien su Majestad honró mucho y hizo merced de un hábito, que hoy trae en el pecho.

(1) Sigue aquí, con ligerísimas variantes, todo el texto de la relación intitulada *Bosque de Doña Ana...*, desde las palabras que encajan con éstas, página 202 de la presente colección, hasta el fin del párrafo que termina en la 220.

AL GRAN DUQUE  
EN LA VENIDA DE SU MAJESTAD

## EPIGRAMA

Clara estrella de Guzmán,  
Como sois de todos norte,  
Traéis al Rey de la Corte  
Como fina piedra imán;  
Si no es que (como, galán,  
Retratáis su corazón)  
Viene á buscar su afición  
El aire de su persona,  
La piedra de su corona,  
Y el fuego de su tusón.

Parece fué el primero que supo amar, pues fué el primero que supo sentir. No tiene el sabio corazón de acero. Murió la excelentísima señora Duquesa, su muy amada consorte (que espíritu es hoy puro), mejorando en la muerte las acciones de la vida. Y no sé cómo, ocupando tanta gloria, dejó lugar á tanto sentimiento. Celebró sus esequias á la medida de sus dolores; que lo que de corazón se ama, de corazón se llora. Halló en semejante pérdida más causas para llorar que tiempo para llorar; que el mayor tormento es deseo sin esperanza. Deseaba convertirse todo en sus memorias y lágrimas. La tristeza negra y el rebelde dolor de tal manera apagaron la luz de su discurso y anublaron el beneficio de la razón (hecho todo de parte de sus males), que faltara el encarecimiento y no pudiera el crédito, si el mismo Gran Duque no hubiera dado luz del claro fuego en que ardía, en estos dos nobilísimos gemidos:

Quien no me restituye el bien perdido,  
¿Por qué quitarme la pasión procura?  
Pues, pesado mi mal, es más cordura  
Que pena la afición de mi sentido.

Dame tú lo que fué, ó que no haya sido,  
Que el gusto me vendrá con la ventura;  
Mas, sin ésta, es benévola locura  
Acordarme el pesar para su olvido.

Aconséjame penas sin mudanza,  
 Cuando sientas mis males y dolencias,  
 Para que lo que paso te recuerde.  
 Verás que desmerezco en la esperanza,  
 Y entonces me dirán tus experiencias:  
 «¡Ay del dolor que sabe lo que pierde!»

—  
 ¡Ay del que de su mal está contento  
 Y, en rebeldes dolores obstinado,  
 Á manos de entendido y desdichado  
 Muere, y tan sólo vive al sufrimiento!  
 ¡Ay del que al daño iguala su tormento,  
 De penas cudicioso, si cansado,  
 Y, añadiendo motivos al cuidado,  
 Huye de sí y se entrega al sentimiento!  
 ¡Ay de aquel que, obligado á sus enojos,  
 Ni aun de su propia lengua los confía,  
 Por ser su información corta probanza!  
 ¡Ay del que, distilando por los ojos  
 La memoria, cuanto ama desconfía,  
 Llorando en viva fe muerta esperanza!

En medio destes dolores, tuvo aviso de su Majestad á toda diligencia que Inglaterra prevenía poderosa armada, cuyo intento (si oculto), sus prevenciones mostraban echar gente en tierra. Encargábale se acordase de sí en la custodia de las costas, y más de Cádiz, cosa que antes su Excelencia había suplicado á su Majestad. Reparando, pues, en su desamparo de fuerzas, metió luego en ella gente de guarnición, y los primeros, sus vasallos. Trajo á su costa (con cuarenta escudos al mes) capitanes prácticos; que la guerra quiere canas que aconsejen y manos que ejecuten, y quien busca consejo, acertar desea. Consignó sueldo á otros muchos oficiales, alistó en sus estados once mil infantes y treientos y ochenta caballos, sin la gente de Sanlúcar, y, por haberle señalado el Rey á Jerez por plaza de armas de Andalucía, con orden de no salir della mientras durase la guerra, fué á hacer muestra general de la gente. Vistió á todos los criados, lacayos, pajes y los demás, de la color del tiempo: calzón, ropilla corta y jubón de tafetán, botas, espuelas, aderezo de espada y penachos, todo negro. Recibióle la caba-

llería con muchas salvas, y los frailes dominicos á la puerta de su convento, con cruz alta. Visitóle la nobleza en forma de Ciudad. Convidó á colación, y otro día á comer y cenar, á los caballeros y compañías de su guarda, y, recogiendo al corazón los sentimientos, salió otro día de gala. ¡Gran valor! pues se negó á sí mismo, cuando estaba de sí más desayudado; que no hay dolor como mostrar alegre la cara estando el corazón triste. Es enterrarse en vida, sin sepultura. Habiendo, pues, hallado de lista dos mil infantes y proveído lo tocante á guerra (que fué mucho y necesario), volvió á Sanlúcar, adonde llegó el señor don Fernando Girón, caballero del hábito de San Juan, del Consejo de Estado y Guerra, con orden de conferir con su Excelencia lo tocante á la fortificación de Cádiz, sin consultar al Consejo. Comunicóle el Duque las prevenciones que había anticipado su desvelo. Confesó don Fernando no sólo no haber que añadir, mas algunas por demasías de su cuidado.

Y por cuanto no había ni un real para tanta máquina (siendo el dinero nervio de la guerra), lo buscó el Duque sobre su crédito, y socorrió á Cádiz liberalísimamente. Y como en aquel tiempo ofreciesen muchos señores donativos á su Majestad y no avisasen al Duque, por tenerlo bastantemente por escusado, sabiendo su empeño, él (que sale al camino á las ocasiones, y cuanto mayores, con más ánimo y gallardía, considerando que tanto se quita cuanto se dilata y que la dilación tira lo que para, como fácilmente nos vamos á lo natural,) ofreció á su Majestad setenta mil ducados. Y quien da luego y sin que le pidan, da tres veces. Del dinero que tenía en Sevilla para pagar sus acreedores, socorrió á los soldados, y quedó pagando réditos dél. Y, viendo se dilataba la facultad que había pedido y que la necesidad instaba, envió su plata y colgaduras á Sevilla, y, buscando dineros á daño, prosiguió la fortificación del presidio con notable tesón. No paró aquí este glorioso Príncipe, Argos todo ojos, Briareo todo manos. No son las tuyas menos prestas que largas. En la una tiene la lanza y en la otra el caduceo. Supo corrían el mismo riesgo las fronteras de Africa, por hallarse desmanteladas de fuerzas, bastimentos, gentes y dineros. Diligenció con ruegos (que los del Príncipe son apremios) su soco-

rro, y sobre su crédito compró en Sevilla muchos millares de cahices de cal, tablas, pinos, clavazón y otros pertrechos necesarios, y solicitó con súplicas de su Majestad veinte mil ducados para socorros; y porque no llegaran tarde (como de España), con increíble presteza lo remitió todo á Larache y Mamora, en cincuenta y cuatro embarcaciones, con escolta segura. Que es muy de príncipe cristiano no dormir sobre los males ajenos.

Señaló á todos los oficiales puestos, para evitar confusiones. Reconoció los desembarcaderos; mandó hacer trincheas y redutos, donde plantar la artillería de campaña que tenía prevenida. Y (mostrando que se podía hacer lo que mandaba), comenzó á esportear el primero; que el buen capitán es buen compañero de sus soldados, y no es trabajo el que sufren en su compañía. En la Torre de San Jacinto, que está á la boca del río, puso soldados y artillería para defender la entrada. Al baluarte San Salvador fortificó la espalda. Engrosó las murallas y parapetos; terraplenó de argamasa las partes flacas y la puerta principal; ensanchó la plaza de armas; hizo escalas; levantó cortinas, con que cerró el fuerte. A doce piezas de artillería que tenía, de bronce y hierro colado, añadió otras ocho, que compró, de á catorce á diez y ocho libras. Proveyó de picas, dardos, chuzos, arcabuces, mosquetes, pólvora, balas, cuerda, bizcocho, vino, tocino y queso, etc. Puso buenos encabalgamentos y cureñas, condestables y artilleros. En el castillo hizo limpiar fosos, reforzar murallas, abrir troneras, levantar plataformas donde no las había. Compró más treinta piezas de á ocho á catorce libras, encabalgamentos nuevos y muchos bastimentos. Hizo sala de armas nueva, de trecientas y cincuenta picas, docientos mosquetes, cuatrocientos arcabuces, chuzos, dardos, alabardas, sesenta quintales de cuerda, ciento y cincuenta de pólvora, dos mil balas gruesas para la artillería que está en la plataforma que cae á la marina, donde hay veinticuatro piezas y dos culebrinas reales. Estas armas puso de respeto para la gente de socorro; que la de la Ciudad estaba armada, que eran dos mil hombres en doce compañías, las tres, de mosqueteros. Mandó trinchar la parte superior de la ciudad; que un piloto desde una torre descu-

briese la mar; que en la barra estuviese un barco luengo de noche, y se correspondiese con las torres en las almenaras, y ellas con la costa; que hombres de á caballo corriesen la playa toda la noche hasta Rota y Chipiona. Obligó á la Avería á que embarcase la pólvora de los galeones y envió á Jerez y á Cádiz muchos quintales della, de los molinos de Sanlúcar, para lo cual se levantó un día después de purgado, con viento frío, y fué de tanta importancia, que de no haberlo hecho, se quedarán las costas sin pólvora, porque se pegó fuego y se volaron los molinos; y, acudiendo el Duque, el Conde y el Arzobispo á favorecer la que quedaba antes que llegase el fuego, reventó el incendio y milagrosamente escaparon con las vidas, pues cayó una tempestad de vigas y sillares á sus pies, y pasó por sus lados sin tocarles, merced de su santo celo. ¡Oh corazón de acero, en quien se quiebran las dificultades! Con tu peligro evitas el de todos. ¡Oh vencedor siempre, en guerra con armas, en paz con beneficios! Como sabes que en la guerra nada se desprecia con seguridad, y que del cuerpo no se aprende cosa buena, te olvidas de tu salud, acordándote sólo del bien público. Gracias te damos por la obligación en que nos pones. ¡Oh, así prosigas! Déte el Cielo la vida que aventuras y mereces, y guárdete el ánimo que te dió; y á nosotros nos haga dignos de gozarte. ¡Oh padre de tanta patria, digno de tu grandeza! ¿Qué mucho que así, tengas más imperio en las almas que en los cuerpos? ¿Qué mucho, sembrando virtudes, cojas alabanzas? Espera lo que haces, si bien tus inmortales servicios crecen al paso del olvido de sus premios. Éstos, cuando se dan al que los merece, hacen buenos á los malos, y animan á los malos y á los buenos.

Pues como en aquellos días no hubiese lugar donde no resonasen órdenes del Duque, todo hervía en guerra, todo era levantar fuertes, rodar artillería y ejercitar las armas, preguntándole: «Señor, ¿para qué tantas prevenciones, pues es ya fin de Setiembre, fuera de que avisan de la Corte que el rey Carlos de Inglaterra respondió al requerimiento que se le hizo, que la armada no es para infestar puerto de España, por ser del Conde Palatino su cuñado, para satisfacer su despojo, y que se les han dañado las cecinas y la

gente se consume de peste?», respondió estas palabras, dignas de memoria y alabanza eterna: «Créanme, que la seguridad no se compra con seguridad. El cuidado es incrédulo. Más prudencia es temer que esperar. La ignorancia es madre de la seguridad, y la seguridad, del peligro. La confianza siempre empeora. En la guerra no hay cosa que más falte que el tiempo. Despreciar lo pequeño es destruir lo grande. Antes que al daño, es mejor venir al escarmiento. Éste hace recatado, y yo lo estoy, porque el Inglés ha aprendido otras veces de nosotros contra nosotros, y así, ahora le creo menos; que cuando el enemigo asegura, entonces engaña. En tanto, pues, que el tiempo acredita mis prevenciones, déjenme con ellas, pues las hago á mi costa; que la ejecución no ha de ir delante del consejo, si bien creo no hay obra tan buena á quien no fiscalice la malicia.» Logrólas tan bien, que fueron el remedio y reputación universal de España; pues, teniendo aviso de la venida del enemigo, sábado primero de Noviembre (como estaba bien asoleada la pólvora), en un instante, sin acordarse de despedir de su hija, se puso en Jerez, y á la gente de guarnición, con la artillería, en el puente de Suazo, y muchas compañías de sus estados y otras partes, en Cádiz. Gastó la noche en despachar correos, en prevenir de bastimentos para la gente que aguardaba, en enviar todo lo necesario al ejército, en escribir y despachar. No tropezaron los socorros en su priesa; que no importa pensar con tiempo si se obra sin tiempo. Pidió apriesa á los Cabildos de Sevilla, de Contratación y Consulados que sirviesen á su Majestad en esta ocasión, y (gracias á su diligencia) acudieron gallardamente con infantes, dineros, armas y bastimentos. Y porque no podían éstos entrar por la Puente, por tener el enemigo ganado el Puntal, porque no faltasen en Cádiz, ordenó al señor Arzobispo su hermano, muy semejante á sí en el ánimo, que había quedado lugarteniente suyo, enviase desde Sanlúcar á Cádiz, cada día al amanecer, en veintisiete barcos luegos esquivados, de lo que tenía almacenado en su castillo, gran cantidad de bizcocho, trigo, garbanzos, habas, pescado seco, pólvora y otras municiones, lo cual cumplió su Ilustrísima con singular puntualidad, á pesar de la misma dificultad y peligro; y cuando lle-

gaban los barcos era cosa de alegría ver con la que los recibían desde las murallas, alzando las manos al cielo, diciendo: «¡Viva el Duque, que como pájaros nos envía el sustento!» Fué servicio muy aventajado: no lo acaba de ponderar el señor don Fernando Girón. Pues cuando sus soldados en las escaramuzas derribaban á los enemigos, echaban de ver la importancia de su cuidado en haber hecho que todas las compañías los días de fiesta tirasen al acertero, premiando á los que daban en el blanco. Fueron tantos los socorros que envió, que ni aun sobresalto llegó á las mujeres. ¡Gran prueba de seguridad! No temían al enemigo, sino le esperaban. Las plegarias á Dios eran que no se fuese. Es medio vencedor el prevenido. El mejor día que les dió fué cuando saltó en tierra; el peor, cuando se hizo á la vela, dejando casi mil de los suyos muertos. Gran valentía es la que el enemigo aprueba huyendo. Éstos son los efectos de aquellas prevenciones que parecían demasías: estar todos los huesos en su encaje, los ánimos en sí, dentro del corazón otro corazón, con tanta mayor gloria del Duque cuanto es más prevenir los males que curarlos, y conservar que adquirir. Que sementera de dientes es cosecha de hombres armados.

Es muy propio del cielo, en reconociendo méritos, disponer honores. Encargóse del aplauso del triunfo del Duque, porque llegaron luego á Jerez á estar á su orden once mil hombres. De los señores diré los que me acordare: el excelentísimo Conde de Niebla, digno hijo de su padre, sucesor no menos de sus estados y oficios que de sus glorias, desempeño fiel de las esperanzas y deseos de todos; el Duque de Osuna, el Duque de Uceda, el Duque de Escalona, el Conde de Palma, el Conde de la Torre, el Marqués de Estepa, el Duque de Híjar, el Conde de Luna, el Marqués de Zahara, el Conde de Cabra, el Marqués de la Algaba, el Marqués de Molina, el Marqués de Alcalá, el Conde de la Monclova, el Marqués de la Coruña, el Conde de Baños, el Marqués de Oraní, el Conde de la Mejorada, el Conde de Montalbán, el Conde de Barajas, el Mariscal de Castilla, el Conde de Villamor, el Marqués de Villafranca, el Conde de Saldaña, el Conde de Morata, don Diego Mejía, del Consejo de Estado, don Melchor de

Borja, del de Guerra, el Marqués de las Navas, el Conde de Añover, el Conde de San Juan, el Marqués de Cropani, el Conde de Cantillana, el Conde de Umanes, el Conde de Aroca, el Conde [de] Frómista (1), el Marqués de Alcañices (2), el Duque de Sesa, el Conde de Siruela (3), el Conde de Alba de Liste (4), el Condestable de Navarra (5), y Duque de Veraguas, y sin éstos, tantos señores y caballeros, que sólo de hábito pasaron de treientos: la mayor grandeza que junta ha visto España. A todos recibió el Duque con aquel su extremo de gracia y de majestad, esmerándose en su regalo, haciendo costosa ostentación de su magnificencia. No saben moderación sus lucimientos. Pasaban cada día de sesenta convidados. ¡Prodigiosa grandeza! No ha dejado que hacer, ni que desear. Menester fué tanta gloria para tanta fama. Efectos de la piedad de su Excelencia: de sus romerías todos los sábados de este año á Nuestra Señora de Regla; de sus ayunos tres días en la semana; que tanto se acierta cuanto se comienza de Dios, y tanto se pierde cuanto no se pone en sus manos. Puédese inferir en tan grandes ocasiones cuán grandes serán sus gastos, y más de quien todo lo quiere medir con su grandeza. Su estado más ha menester defenderse de su ánimo que del Inglés. Considérense las pagas de tantos soldados, á quien Tácito llama sanguisuelas del erario. Paréceme que ahora está el Duque en su esfera: son su elemento las dificultades. Como el rayo, se emplea en la resistencia. Hoy también está con el mismo desvelo. No le ha hecho la victoria negligente. No se desnuda. La obra alcanza al día. No le concede treguas su viveza. Atiende más á su oficio que á su salud. Parécele que no es menos señor que cuando descansa. Nació para todos: deje algo para sí, pues es uno dellos. Mire que no nos ha dejado que pedir á Dios, sino es su vida. No malogre con su poca salud los deseos de nuestra nece-

(1) De *Fromesta* en la edición original.

(2) *Ibid.*, de *Alcañizas*.

(3) *Ibid.*, de *Sidueña*.

(4) *Ibid.*, de *Liste*.

(5) *Ibid.*, de *Navara*.

sidad. Conténtese con el lugar que se ha hecho en la eternidad, y con que no volvemos los ojos á parte donde no encontremos admiraciones. Conocimosle grande; ya le desconocemos mayor, no en las esperanzas, sino en la excelencia de cumplirlas. Pudiera dejar de ser el primer duque de España; no de merecerlo. Vendrá siglo en que sea conocido. Los grandes hechos vienen á perfecta noticia de los hombres después de ellos mismos. Vendrán muchos años y muchas gentes que, sin que les den gracias, lo alaben. ¡Oh, prosperen los cielos mi pronóstico! Y en tanto, sepa la Bretaña (destrerrada del mundo) que nuestra Monarquía no se sustenta con la dicha ó la reputación, sino con el valor y el cuidado, y que fué menester tanto aparato de armada para traer su desagravio á Cádiz.

Considerando yo, al principio, que la alabanza es norte de ánimos grandes (grandes, porque no se satisfacen con premios menos que inmortales), y que acerca del olvido lo mismo es grandes cosas que ningunas; que la alabanza hace tiros al tiempo y á la muerte; que ésta es alimento de la virtud, no la lisonja (parte bastarda de la vida, que consagra altares al que merece ser víctima); advirtiéndome también que ingrato es mala palabra y peor obra, y que el cero, no valiendo por sí, da valor al número, atreví á gran navegación mi pobre haya. Vestí al aire de lino, no menos cudiñoso que confiado. Mas, displayando ahora en alta mar la vista por el infinito Océano de las excelencias del esclarecido Duque, rendido á la dificultad, por no anegarme, quiero amainar las velas y recogerme á puerto vacío de la mar; que me hallo embarcado en rota nave, que gime, como que de su mal quiere dolerse. ¡Oh, cómo es temeridad acometer gran cosa sin gran consejo! ¡Oh, cuánto engaña la esperanza! ¡Oh, cuánto ésta (sueño de dispier-tos) ha de ser justa, como la sortija, que angosta, no cabe, y ancha, se cae del dedo! Tirar no es acertar, ni alcanzar pretender. Caí en manos de mi engaño; que el errar es de infinitas maneras, y el acertar, de una sola. Más vale errando arrepentirse presto que conocer los desengaños tarde. No lo podemos todos todo. Mas como de este empeño no se sale á fuerza de afición, sino de bra-

zos, válgame por desculpa que el relox de los amantes no da á sus horas, y que no repara en las fuerzas el deseo. Éste es caudal de pobres. Recíbele ¡oh gran Señor! por ofrenda de lo que puedo; no de lo que debo: no de lo que mereces. Suelde agravios de la pluma. Supla la voluntad por el acierto; que, aunque, callando, tu verdad no es más ó menos buena, confieso que el gusto de lo que he navegado pierdo con lo mucho que me falta. Mas ¿he de quedarme á la puerta? ¡Ánimo! que en reparando mi nave pienso acabar mi viaje (1).

.....

.....

.....

**G** IMPRESO EN MALAGA  
por Iuan René, Año  
de 1625.

(1) Siguen aquí, y con ellas termina el libro, diversas poesías sueltas, que ya quedan reimprimadas en la presente colección, entre las demás de ESPINOSA.

# PANEGIRICO

A LA

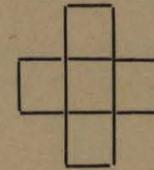
NOBILISSIMA, LEAL,

Augusta, Felice Ciudad

ANTEQUERA.

SV HIO PEDRO ESPINOSA,

Capellan del Excelentissimo Señor Duque  
de Medina Sidonia. Rector del Colegio  
de San Idefonso.



CON LICENCIA,

Impreso en Xerez de la Frontera, por  
Fernando Rey, Año 1626.

*EL DOCTOR SIMÓN DE GARIBAY*

El *Panegirico* que tan dignamente se tiene prevenida la admiración de los ingenios más dignos de ella es blasón tan eterno de la Patria como de su autor. Tan liberal satisface vuestra merced con él obligaciones, que pudiera ya pedir chancelación, y, emancipado, salir de las de hijo, si el milagro de tanta madre se pudiera suplir con la adopción de otra, y si tan ilustre Ciudad, para su mayor gloria, no interesase más en tenerle que en haberle tenido. Es el discurso tan superior, tan elegante la hipérbole, que, á no tener ANTEQUERA (en tantos siglos) vinculado su crédito, juzgara sin temeridad que la descripción no suponía el sitio, sino que era línea de la imaginación, en cuya estimativa solos los colores de la hermosa pintura (1) pudieran ser país y términos de su nacimiento. Y si es cierto que (como dijo un filósofo) cada cual se hace su fortuna, yo digo que vuestra merced se fabricó su Patria. Guarde Dios á vuestra merced.

*EL LICENCIADO DIEGO LÓPEZ DE SORIA ABREU*

CAPELLÁN MAYOR DEL EXCELENTÍSIMO DE MEDINA SIDONIA

He visto, por aprobación de vuestra merced, que la hizo de mi parecer (con que quedó él bien calificado), este *Panegirico*, parto de su felice y grato ingenio, y comenzándole con admiración, le acabé con silencio, y experimenté que en las cosas de gusto primero se cansan los sentimientos que los deseos. Empresa generosa, que sólo se pudo bien fiar de quien tan bien lo supo decir. Informa brevemente de prudencia á ambas fortunas; que la plática ha de ser tan corta en palabras como larga en sentencias. Porque es dañoso el manjar que carga y no alimenta, y discreción dejar lugar que otros llenen. Emplea vuestra merced en alabanzas de su Patria el caudal de sus obligaciones y hace recibimientos á sus beneficios, volviéndolos al lugar de donde salieron. Mas una cosa me ha de confesar vuestra merced, que lo que dice más bien

(1) En el original impreso, por errata, *Patria*, y enmendado de mano *pintura*.

es lo menos que hay en ella, y que fuera lo mismo que encerrar (1) el Océano en poco vaso, á no reconocer la paga con lo mucho bueno que le dió en letras, virtud y calidad, en significación de ser su hijo, en esta parte tan agradecido como envidiado. Pensando en la etimología desta Ciudad, gloriosa por muchos títulos (aunque se ha alcanzado con el de leal), he sacado de borrador cuán adecuados son los nombres con los efectos.

*Antiquaria* dijo el Latino, *Quasi antiqua res*, ó *Antiqua Ara* de Minerva y Marte, que es lo que antes era. Y aunque se puede gloriarse en hijos tan insignes en armas y letras, creo que el que saca á luz las esperanzas de nuestros deseos, *plus omnibus obtulit*. Y, pues esta República tan grandiosa ecede en nobleza á tantas, imite á Dios en traer consigo el premio para quien le sirve. *Et merces ejus cum eo*. Porque, fomentando así tan ardientes muestras de afición, sus alumnos (que tan dignamente se precian de hechuras suyas) aspiren á semejantes empresas.

#### DON MIGUEL PÁEZ DE LA CADENA PONCE DE LEÓN

Como el hijo sabio es gloria de sus padres, lo es también del que mereció tenerlos tales, y confesándolos, logra dos dichas. Y, pues vuestra merced, á ser en su mano, no eligiera otros que los que confiesa, es cierto (pues nunca faltó agradecimiento á la nobleza) que le sobrarán afectos reconocidos al que pregona reconocimientos humildes. Grandes hechos yacen de esotra parte del olvido. Que acerca deste lo mismo es lo que fué que no haber sido. Luego no menos se debe al que los resucita que á los que, á precio de su industria y sangre, por una vez los mostraron. Que tanto valor se concibe por los oídos como por los ojos. Y, aunque en campos, piedras y ríos, propios y extraños, aún hoy se conservan testimonios de lo que todos confiesan (que no es poco siendo tanto), no negará su Patria de vuestra merced la obligación en que la pone la ostentación de su ingenio, haciendo memorable la gloria que cubrió la sepultura de aquellos que, con adelantarse, supieron dar emulación á los siglos venideros. ¡Oh nuevo modo de litigar el derecho de las bien compradas posesiones! ¡Oh política guerra, defensa de la paz, con cuyas togadas armas se niega en-

(1) En la edición original, como dos palabras: *en cerrar*.

trada al enemigo común, á la invidia! Adornen, pues, las constantes columnas de su capitolio los siempre en sus vegas vencedores arneses, entre tanto que, trazando leyes y embrazando estatutos, dan noble invidia á los que causan confusión y espanto. Y, pues no menos debe á su piedad Eneas que á Virgilio, ni menos que á su valor Alejandro á Curcio, reconozca premios la gloriosísima ANTEQUERA al que reitera sus vitorias y estimula sus alientos.

#### EL PADRE FR. HIERÓNIMO PANCORVO,

DE LA ORDEN DEL CARMEN

De la otra banda del olvido, firme en tierra, ó en tierra firme, se queda la memoria del que solicita el honor de su Patria, defendiéndole con la espada ó acreditándole con la pluma, porque el que se ocupa en esto lleva carta de recomendación y tiene esperanza cierta de felices sucesos. Es lo que dijo Aristóteles: *Pugnare pro Patria optima avis*. Porque (como todos saben) los agoreros entonces, del vuelo de las aves colegían el fin de sus intentos. No hay quien no estime su dulce Patria y el lugar de su nacimiento; que si Virgilio se precia de ser de la gran ciudad de Mantua, no se desdeña Ulises de haber nacido en la pequeña Ítaca, fundada en los ecelsos riscos donde las pobres casas más parecen alcándaras (1) de cuervos que habitación de hombres. Préciase vuestra merced, y con razón, de tener por madre á la inclita ciudad de ANTEQUERA,

*Dives opum studiisque asperrima belli,*

riquísima entre todas las de nuestra España; la madre de los ingenios y la casa de las armas: que ella se alegra con tal hijo, pues entre tantos que hablan cultos y escriben doctos, fué vuestra merced desde sus primeros años *magnæ spes altera Romæ*. Buen desempeño es este tratado: no se dilate la impresión; que ya me parece se oyen las voces de sus compatriotas de vuestra merced, que le dicen que diga y haga por su tierra, pues tanto ha dicho y hecho de las ajenas: *Quanta audivimus facta in Capernaum fac, et hic in Patria tua*.

(1) En la edición original, por errata, *alcandoras*.